

Martes 10 de Junio

EXTRA

La República

AA

Año II — Nº 476

SAN JOSE, COSTA RICA, LUNES 9 DE JUNIO DE 1952

Director - Alberto F. Cañas

MONSEÑOR SANABRIA HA MUERTO



DOLOR GENERAL.—Inmediatamente que se supo la noticia del fallecimiento de Mon señor Sanabria, ciudadanos de todas las clases sociales se apresuraron a acudir al Palacio Arzobispal, a rendir el último homenaje de respeto al ilustre Prelado. La expresión de dolor que se veía en las caras de todos, fué muestra clara del cariño que todos los feligreses sentían por el extinto. (Foto Carrillo)

EN AMBIENTE DE PROFUNDA CONSTERNACION SE REALIZO EL SEPELIO DE MONSEÑOR SANABRIA

La noticia del fallecimiento de Monseñor Víctor M. Sanabria Martínez, Arzobispo de Costa Rica, acaecido a las 6.45 de la tarde del domingo, cundió con rapidez.

La radioemisora "Fides" órgano de propaganda católica y motivo de los mayores desvelos de Monseñor, dió la inesperada y trágica noticia al país, sesenta minutos después del infausto suceso. Casi simultáneamente la campana, la Bernarda, en lúgubre son, prolongado en ecos graves a través de la noche lluviosa, acentuó la nota de tristeza que se expandía por la ciudad.

No había salido en la tarde.

Contra lo que se afirmó en un principio, Monseñor Sanabria no salió de Palacio en toda la tarde. Después de los oficios religiosos del día domingo, a los cuales se entregaba con invariable fervor, pasó el resto de horas que le quedaban de vida, en su despacho particular, sin otra indicación de su presencia en Palacio que una breve pausa en sus trabajos de escritorio para pasar a su dormitorio.

Su mayordomo, y la señorita Luisa Gómez, su ama de llaves, únicas personas que tuvieron du-

rante catorce años el privilegio de permanecer al servicio del ilustre Prelado en Palacio, apenas si vuelven de su estupor y dan crédito a la dolorosa verdad. Nada —dicen uno y otra— indicaba que la muerte acechaba tan de cerca a Monseñor. Durante el día todo discurrió en Palacio en la mayor tranquilidad y el aspecto personal del señor Arzobispo era el mismo de siempre, mostrándose jovial en el trato con ellos y tan dispuesto a los trabajos y actividades que le eran habituales como en días anteriores. Nada —repiten— hacia presagiar que se aproximaba su fin.

Habla la señorita Luisa Gómez.

Lo ha acompañado desde que fué elevado a la dignidad de Obispo y empezó su ejercicio episcopal en la diócesis de Alajuela, como sucesor de Monseñor Monestel. Desde entonces ha estado a la par suya haciendo las veces de ama de llaves. Para ella, más que para persona alguna, resulta inconcebible todo lo que ha ocurrido desde la tarde del domingo. El periodista sentía la pena, honda y sincera, de la buena señora que contaba a quien quería escucharla cómo pasó sus últimos instantes Monseñor Sanabria.

Repitió lo que ya hemos dicho, en cuanto a las actividades de Monseñor durante el día y anudó al relato los escasos datos de su rápido y doloroso fin, así:

—Estuvo Monseñor—dijo—en esa capillita (y señalaba hacia un pequeño altar en un ángulo de la planta baja) haciendo sus oraciones de la tarde. Tenía por cos-

tumbre a esa hora, además de los rezos de breviario, rezar el santisimo, oficios que ordinariamente le llevaban una hora larga. Cuando muy raras, una vez concluida la oración se retiraba a su residencia particular, o más propiamente a su dormitorio en el que, lo mismo que en su despacho, leía o estudiaba por espacio de varias horas antes de entregarse al sueño.

—Al entrar en su cuarto—continúa la señorita Gómez—me dió que se sentía muy fatigado y dispuesto y me pidió una taza de café. Acudí a servirle y pocos minutos después le apliqué en el lado izquierdo una bolsa, que le agradeció diciéndome que se sentía mejor. Pero, esa mejoría fué tan fugaz que apenas le dió tiempo para repetir dos veces: "Me siento mal", desmayándose sobre la silla en que se había sentado después de intentar un esfuerzo para erguirse. De lo que ocurrió en seguida y de lo que yo hice... (Pasa a la PAG. 6)

MURIO A LOS 53 AÑOS DE EDAD

Nació en San Rafael de Oreamuno, provincia de Cartago, el 17 de enero de 1899, en el hogar de don Zenón Sanabria Quirós y doña Juana Martínez López.

Creció al lado de seis hermanos mayores: Rafael, Alfredo, Rosana, Josefa, Adelia y Lucía, con quienes se mantuvo estrechamente unido, a lo largo de toda su vida, por el más entrañable afecto fraternal.

Hizo en el Seminario de San José sus estudios para la carrera del sacerdocio, y en Roma siguió el curso universitario de Derecho Canónico ordenándose el 9 de octubre de 1921 en el Pío Latino de Roma. A su regreso al país, siendo aún muy joven, fué nombrado por Monseñor Otón Castro Jiménez, a la sazón Arzobispo de San José, Secretario de la Curia. Durante trece años fué Capellán del Colegio de Nuestra Señora de Sión y profesor en el Seminario Mayor. Desempeñó por dos años el cargo de Vicario General de la Arquidiócesis. En diciembre de 1935 tomó posesión de la Canonía Teológica de la Iglesia Metropolitana. Designado Obispo de Alajuela, su Consagración Episcopal tuvo lugar el 24 de abril de 1938; y dos años después, el 28 de abril de 1940, era ungido Arzobispo de San José, culminando así su brillante carrera eclesiástica.

Deja una vasta obra literaria, preferentemente histórica y sociológica. En todo instante puso énfasis especial en el cristiano enfoque y generosa solución de las llamadas cuestiones sociales, inspirándose en la doctrina de los Papas León XIII y Pío XI.

SONETO

EN LA MUERTE DE CRISTO

*Hoy, por piedad de su Hacedor, le ofrecen
prendas de sentimiento sus hechuras;
llama el sol a la noche, y las oscuras
sombras apriesa en tiempo ajeno crecen.*

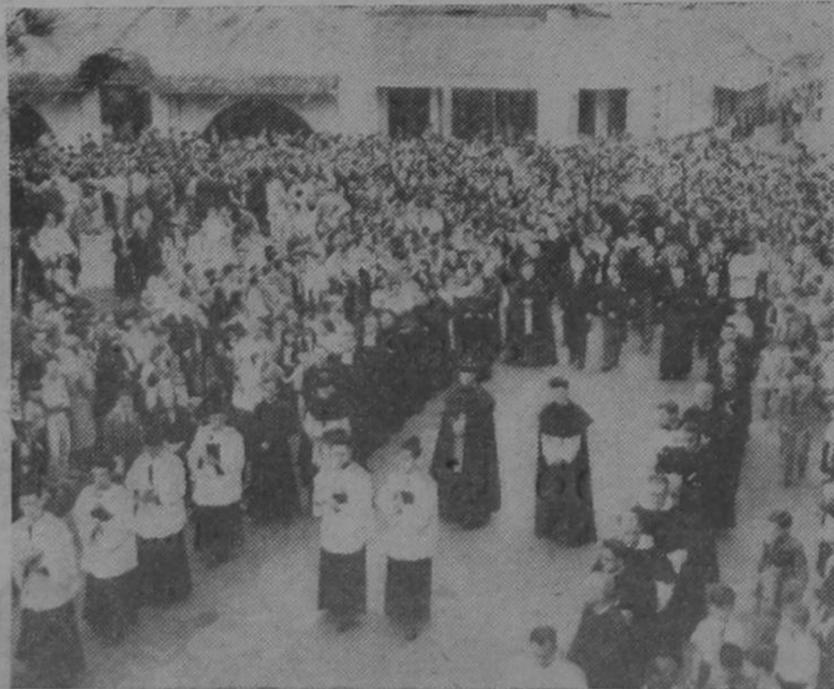
*De la vida asaltadas, se estremecen
atónitas las mudas sepolturas;
libran sus cuerpos a las almas puras,
y a los justos vivientes aparecen.*

*Las piedras se quebrantan y, a su ejemplo,
visten los astros voluntario luto;
rómpe se el velo místico del templo.*

*Da cualquier obra al llanto algún tributo,
y iyo siendo la causa, lo contemplo
con pecho alegre y con semblante enjuto!*

BARTOLOME LEONARDO DE ARGENSOLA
(1562-1631)

EL CORTEJO FUNERAL



En medio del silencio ordenado y lleno de compostura, de un público conmovido por la irreparable pérdida, desfila el cortejo fúnebre del Arzobispo Monseñor Sanabria (Foto Carrillo)

LA CAPITAL RECIBIO CON ASOMBRO LA NOTICIA

Cuando, a las 8 de la noche del domingo, comenzaron a doblar las campanas (la "bernarda" y la "augusta") de la Iglesia Metropolitana, ya hacía algunos minutos que la noticia andaba errante por la calle. Monseñor Sanabria había muerto.

En los primeros momentos, las gentes se negaban a creerlo, y miraban a quien les participaba la triste nueva, con una expresión de incredulidad, de quien se siente víctima de una broma. Algunos, para confirmar, porque a lo mejor la noticia era cierta, se iban a sus casas (así la noticia no la habían recibido en ellas por teléfono) y encendían los radios. Pero las estaciones de radio no se enteraron inmediatamente, y durante mucho rato, los incrédulos josefinos sólo escucharon los consabidos mambos y anuncios cantados.

En el centro de la ciudad, sin embargo, el doblar de las campanas era claro. Y en algunos cines, la tanda de 7 fué interrumpida momentáneamente para dar la triste noticia por los altoparlantes.

A las 8.15, LA REPUBLICA, que llevaba 20 minutos tratando de confirmar la noticia, lo logró y la consignó lacónicamente en sus pizarras, y pocos minutos después, como si se hubiera resistido durante ellos a comunicar a los ciudadanos en alta voz lo que sucedía, hizo sonar su sirena. Las pizarras de LA REPUBLICA fueron la primera confirmación pública que hubo de que el Arzobispo había fallecido.

Las gentes que estaban esperando la entrada de las tandas de 9 en los cines adyacentes al Parque Central, no parecieron dar mayor importancia a las campanas de la Metropolitana, pesó si se sorprendieron con el ruido de las sirenas; muchos, con sus entradas ya compradas, salieron de prisa a ver qué sucedía. Y no regresaron al Teatro, d emodo que las funciones de 9 p.m. del domingo, estuvieron ca-

si desiertas en los Teatros Ravetós y Palace.

La impresión general de las gentes de San José la noche del domingo, pasados los primeros momentos, fué de desconcierto. La muerte del Arzobispo era una noticia excesivamente inesperada. Pero las frases con que se recibió por todos la noticia —una noticia creída— eran de tristeza. Monseñor Sanabria gozaba del aprecio y estima generales. Y en todas partes —y así se oía el domingo en todos los corrillos— se reconocía principalmente su gran inteligencia.

El Palacio Arzobispal se llenó de fieles y amigos que querían presentar sus últimos respetos a los restos mortales de quien horas antes, lleno de vida, estaba ejerciendo sus funciones episcopales, y durante toda la noche el desfile junto a los restos mortales del alto Jerarca fué numeroso. —Era de ver la expresión dolor con que los josefinos se acercaban a meditar junto al cadáver.

En el Clero, la noticia causó enorme consternación. Principalmente, entre el Clero joven, olo d tituido por una muchachada que Monseñor Sanabria educó y orientó y formó.

En los círculos eclesiásticos se consideraba que la gigante obra pro bienestar social concebida e iniciada por Monseñor Sanabria, tenía su permanencia asegurada, en la mentalidad moderna de la nueva generación de sacerdotes.

La noche fué lluviosa, pero medio del agua, y cubiertos con paraguas o capas, los fieles llegaron junto a los restos mortales del Arzobispo.

Uno de los primeros en llegar fué el Presidente de la República llamado por el propio médico atendió al Ilustre Arzobispo, Alvaro Aguilar, a quien, sin embargo, había precedido el Sr. Juan Bautista Vega Sanabria, un hombre muy querido del extinto

Suscríbase a LA REPUBLICA

EDITORIAL

MONSEÑOR SANABRIA

¡Ha muerto un hombre ilustre! Si sólo hubiera sido, su desaparición no conmovería la fuerza que lo ha hecho, los corazones de los costarricenses; pero es que todos habían aprendido a ver en el Arzobispo Víctor Sanabria, no sólo al hombre de inmensos méritos intelectuales que era, sino también al obispo justo y piadoso, al varón austero y puro, al hombre de todo corazón y todo sentimientos cristianos, que logró, en los doce años que duró su obispado, colocar a la Iglesia Católica costarricense en posición de prestigio y dignidad verdaderamente extraordinaria, y convertida en una institución dinámica y preocupada hasta lo más honroso por el bienestar común.

Este virtuoso sacerdote cuyo fallecimiento lamenta hoy la colectividad entera, este hombre modesto y sin pretensión para quien el Palacio Episcopal nunca fué símbolo de dignidades y grandeza temporal, sino refugio silencioso de libros, papeles y oración, fué, a más de pastor de almas y hombre de un sentido muy arraigado de justicia universal y de la inmanente solidaridad de todos los hombres, un costarricense que tenía muy arraigada la raíz de la nacionalidad que actuó siempre como costarricense, que conocía y amaba profundamente su tierra; no sólo a los risueños y fríos días que le vieron nacer, sino a toda esta historia de América a que él orgullosamente llama su Patria. Investigador cuidadoso y perseverante de su historia, la enriqueció con sus actos, reveló en una serie de obras que constituyen un depósito de conocimientos e inspiración para los siglos venideros. Pocos historiadores le igualan en volumen y calidad de trabajo, en agudeza de interpretación, en afán de verdad. Escritor lleno de ritmos, inmejorable cultor del idioma castellano, la literatura costarricense experimenta una pérdida irreparable con la ausencia definitiva del Prelado.

Su talento preclaro y excepcional, le permitió una rápida carrera que le llevó a ocupar el alto sitial a edad que sorprendió por lo temprano. Pero es que mucho antes de que Monseñor Sanabria llegara a la esquina de los 40 años, ya conocido como una de las figuras señeras del clero y del intelecto.

Apartado del mundo vivió el Arzobispo Sanabria. Su posición, sus condiciones puramente materiales, podrían haberlo hecho figurar, sin detrimento de su alta función espiritual, en forma prominente en los ambientes oficiales y sociales; pero también con los medios económicos suficientes para hacer una vida de brillo que tampoco estaba vedada a su función. Prefirió, sin embargo, retraerse, dedicar su existencia toda a la labor de pastor de almas, y los bienes que le permitían la práctica de obras piadosas y caritativas, al servicio de que bien mermados se encuentran en la hora de su fallecimiento.

Convertió el Arzobispo Víctor Sanabria a la vida de Costa Rica, durante su paso luminoso por el episcopado, en una institución entregada enteramente al fomento del bienestar social. Fue gracias a sus ideas la creación de sindicatos católicos, el envío —que hacía él de su propio pecunio— de sacerdotes jóvenes con rumbo a las universidades de los Estados Unidos, donde había de recibir una formación moderna, y orientar el pensamiento de las preocupaciones sociales que



fermentan día a día la vida de aquel gran país.

En eso fué un hombre de su tiempo. No creyó que el hermoso y noble concepto de la caridad cristiana debía quedar relegado al sitio un poco despreciable de la mera limosna o de la graciosa concesión; pretendía él que ese concepto fuera una vivencia, un modo de vivir, y que la Iglesia fuera la principal campeona de ese cambio. Fué el quien colocó al clero costarricense bajo la égida principal de las modernas encíclicas Rerum Novarum y Quadragesimo Anno, que se convirtieron — y así habrá de consignarlo la historia — en los lemas y escudos de su jefatura eclesiástica.

Se establece a veces un tipo de prelado eclesiástico, rodeado de boato y esplendor, amigo preferente de los adinerados y de las llamadas clases principales, indiferente a lo que no sea la buena mesa y el buen vino, e incluso llega a presentarse como prototipo del alto jerarca. Monseñor Sanabria, fué el antípoda de ese ejemplar literario; fué siempre, desde su alta silla, el hombre humilde que había nacido y que nunca quiso dejar de ser, fué el obispo apartado de ruidos y terciopelos, más amante de los libros y de los papeles empolvados, que de las exquisiteces temporales; más amante de la dignidad del cargo, que de las dignidades que podía aparejarle. Y la vida casi monástica que llevaba, era un ejemplo para todos.

Pero siendo así como era, ni por un momento dejó de ser el hombre afable, el sostenedor de inteligentes conversaciones en la intimidad de su despacho de sacerdote y de erudito, el hombre lleno de chispazos de gracia, administrador y dueño de un cálido y dulce sentido del humor, que le servía para salpicar de ingeniosas y discretas ocurrencias sus charlas y relatos.

Pierde con él la Iglesia, perdemos todos los costarricenses, a un hombre que, sin haber hecho sentir a nadie la altura a que sus méritos

habíanle llevado, fué guía y ejemplo. Guía, porque en cada una de sus pastorales, en cada uno de sus escritos, en el resultado de cada una de sus investigaciones, se encontraban siempre la luz de un intelecto privilegiado, y de una concepción austera y profunda de las cosas. Ejemplo, porque cada uno de los actos de su vida humilde, fué materia de imitación.

Costa Rica no puede olvidar su cristiana intervención en pro de la paz, cuando ésta hubo de alterarse; su actividad incansable cuando acontecimientos políticos le hicieron sentir que era necesaria la voz del pastor de almas que llamara a la cordura a quienes con su intemperancia amenazaban provocar un derramamiento de sangre. Y aún cuando éste se produjo, no puede olvidar Costa Rica cómo su Arzobispo persistió en su labor paciente y benefactora para interrumpirlo, como negociador inagotable y persistente. Y cómo también había salido por los fueros de la dignidad humana, cuando se presentó, imponente como Arzobispo y como hombre, a demandar el rescate de un prisionero en quien los costarricenses teníamos cifradas nuestras esperanzas de reivindicación y decencia.

Su influjo quedará grabado sobre las actividades de la Iglesia costarricense. Fué tan poderoso, tan hondo, que no podrá ya desaparecer; fué su personalidad tan fuerte, fueron tan claros y sensatos los caminos que él señaló, que no se ve cómo podrían sus sucesores apartarse de ellos, y dejar el surco. Porque todas las instituciones, todas las costumbres y los modos de vivir, están sujetos a la influencia de personalidades estelares, como la suya. Y cuando esas personalidades — como sucedió en el caso del prelado cuya desaparición estamos lamentando — unen a su fortaleza, hondura y amplitud de miras, tan fina calidad humana, tan extremada sensibilidad social, la influencia se hace todavía más importante, se hace definitiva.

Hubo momentos, en el ejercicio espiritual de Monseñor Sanabria, en que su personalidad y sus actos fueron fuertemente discutidos. Sin embargo el tiempo, que todo lo acomoda, ha opacado ya la discusión; estaba él tan seguro de haber obrado correctamente, se comenzaron tan pronto a ver los frutos mediatos de su discutida intervención, que una vez más, los mismos que habían planteado la duda sobre ella, tuvieron que inclinarse de nuevo reverentes y reconocer la sabiduría del pastor.

No. ¡No era un hombre común Monseñor Sanabria! Con haber intentado y logrado vivir, como un hombre común, dentro de la sencillez de costumbres de la patriarcal casa en que nació, su alto espíritu y su preclara inteligencia le hicieron sobresalir, de entre la comunidad de los hombres, desde muy temprana edad. Y aun cuando consiguió, hasta el día de su muerte, conservar sus hábitos de hombre común, es lo cierto que cada actividad que tocó, cada empresa que hubo de acometer, se abillantaron al momento, al sólo aliento y contacto del hombre superior.

Los más brillantes elementos del clero costarricense se reconocen sus discípulos, y no ocultan una sonrisa de satisfacción al declararlo. ¡Qué bien haríamos los costarricenses en empeñarnos también en serlo! ¡Con cuánta satisfacción habríamos de decir que lo éramos!

MONSEÑOR VICTOR SANABRIA COMO LITERATO, HISTORIADOR Y SOCIOLOGO

Con el fallecimiento de Monseñor Víctor Sanabria Martínez, Arzobispo de San José, pierde también Costa Rica a uno de sus más puros valores intelectuales. En nuestra literatura, en nuestra historia y en nuestra sociología, Monseñor Sanabria deja aportaciones de mérito extraordinario en las que la belleza del estilo corre parejas con la seriedad de la investigación y la profundidad y elevación de los conceptos.

Dentro del marco limitado de un artículo periodístico, no sería posible hacer un estudio completo de toda su obra, ni mucho menos señalar la trascendente proyección que imprimió invariablemente a los asuntos a que dedicó su atención. Hemos de contraernos, pues, en esta nota, a lo más difundido de su producción y a dar una idea, aunque sea ligera y con toda seguridad incompleta, de los temas principales que absorbieron su preocupación.

Podría decirse que el tema social fué, invariablemente, uno de los ejes del pensamiento de Monseñor Sanabria. En muchos de los documentos que salieron de su pluma se toca en forma indirecta o expresa esa cuestión, e inclusive una de sus Cartas Pastorales se refiere concretamente al "Justo Salario", y en ella se estampa este concepto que encierra admirable y realista planteamiento del problema: "El salario es el índice más seguro para juzgar de la justicia o de la injusticia social predominantes en una nación". Asimismo, en setiembre de 1945, en las Palabras Dirigidas al Venerable Clero de la Arquidiócesis de San José se ocupa también de la cuestión social, enfocando, con agudo sentido crítico, fundamentales aspectos doctrinarios del asunto.

LA HISTORIA EN LA OBRA DE MONSEÑOR SANABRIA

Las disciplinas históricas tu-

vieron siempre especialísimo atractivo para Monseñor Sanabria. Ahí están sus "Últimos años de la Orden de San Francisco en Costa Rica", editada hace más de veinte años; el interesante prólogo de "Los Muertos en la Campaña Nacional de 1856-1857", que se publica por esa misma época; su ensayo histórico-crítico, que abarca desde 1531 hasta 1850, sobre "Episcopologio de la Diócesis de Nicaragua y Costa Rica", en el que hace una documentación pero sintética reseña de la sucesión diocesana en ambos países.

Y además, ya en obras de mayor hondura, acerca de las cuales nos proponemos dar breve noticia en las líneas que siguen, su "Anselmo Lorente y Lafuente, Primer Obispo de Costa Rica", la "Primera Vacante de la Diócesis de San José", el "Bernardo Augusto Thiel, Segundo Obispo de Costa Rica", y la "Documenta Histórica" sobre la Virgen de los Angeles; obras todas al través de las cuales, aparte de interesantísimos capítulos de la historia eclesiástica de Costa Rica, destilan episodios fundamentales de nuestros fastos patrióticos. A lo que hay que adicionar la traducción que hiciera del alemán de la obra de Felipe J. Valentini sobre el "Cuarto Viaje de Colón".

"ANSELMO LLORENTE Y LAFUENTE, PRIMER OBISPO DE COSTA RICA"

En el prólogo de su obra, Monseñor Sanabria consigna frases que la definen con precisión: "Monseñor Anselmo Lorente y Lafuente es la figura principal del periodo objeto del presente ensayo, y esto no por simple ficción histórica o por caprichos más o menos justificados de apologistas del primer Obispo de Costa Rica, sino porque sin exageración alguna el Sr. Lorente llena y muy cumplidamente este periodo. Con Monseñor Lorente nace la Iglesia de C. Rica como territorio eclesiástico independiente en la demarcación de la Iglesia Católica, adquiere un carácter y una fisonomía propios dentro de la universalidad de la misma Iglesia Católica, y comienza a vivir su propia vida".

El estudio tiene punto de partida en el periodo de las luchas de la independencia, se ocupa de la organización eclesiástica de la América Central, de la Vicaría Foránea de Cartago, de los Vicarios Foráneos durante la primera mitad del siglo XIX, completándolo con una ojeada general sobre la situación religiosa entre 1851 y 1950. Trata, a continuación de las primeras tentativas para obtener la creación de la diócesis de Costa Rica, hasta la creación del Obis-

pado en 1825, y luego todo el proceso de las gestiones hasta que finalmente queda consagrada, como jurisdicción independiente, la diócesis de Costa Rica.

"PRIMERA VACANTE DE LA DIÓCESIS DE SAN JOSÉ"

Trata del largo paréntesis que siguió al fallecimiento de Monseñor Lorente. Desde 1817 hasta, 1880 estuvo vacante la silla episcopal. Por la misma época se produce la supresión de la Compañía de Jesús, lo que es oportunidad al autor —Monseñor Sanabria— para hacer la historia de los jesuitas en Centro América, y hacer el balance de su obra, incursionando también en las causas que determinaron la conformación de los partidos políticos de entonces, y sus relaciones y posición frente al clero y la Compañía de Jesús, en particular.

Se ocupa de las fricciones producidas entre el Gobierno de don Tomás Guardia y el Vicario Capitular don Domingo Rivas; de la legada del Vicario Delegado Apostólico don Luis Bruschetti, el cese de Monseñor Rivas en la Vicaría y su viaje a Roma; y concluye con el análisis crítico de los diferentes personajes que tienen papeles protagónicos en el libro.

(Pasa a la PAG. 5)

CONFERENCIA DEL CLERO DEL CATORCE DE MARZO DE 1940

La primer Conferencia del Clero en que fué comentado el nombramiento de Arzobispo recaído en Mons. Sanabria, tuvo lugar el 14 de marzo de 1940. Reproducimos la relación que de ella consta en "El Mensajero del Clero", que dice así:

Bajo la presidencia del ilustrísimo señor Vicario Capitular, Monseñor Hidalgo, se efectuó la Conferencia del Clero correspondiente al mes de Marzo.

Tocó la disertación al señor Cura de San Marcos de Tarrazú, Presbítero don Wilfrido Blanco, versando su trabajo acerca de los bienes muebles y de los bienes raíces de la Iglesia. Gustó mucho este trabajo por ser de gran actualidad sobre todo en otros países donde la Iglesia católica carece de libertades en el ejercicio de sus derechos sacrosantos como sociedad perfecta, libre de toda autoridad que no sea la emanada de la Santa Sede, y de los señores Obispos. A Dios gracias en Costa Rica conserva la Iglesia el derecho de poseer bienes muebles y raíces bajo la protección de las leyes civiles que la libran de toda ingerencia de los Poderes Públicos en el manejo de esos bienes y la protegen concediéndole liberación de impuesto para los templos y las casas curales. Valdría la pena hacer una revisión total de cierta tributación que está pesando aún sobre ciertos bienes inscritos en las Temporalidades de la Iglesia y que no deja de constituir una carga para las Parroquias. Con todo respeto hacemos esta sugerencia a la Autoridad Eclesiástica para ver si es posible obtener la liberación de cierto impuesto territorial que pagan trimestralmente algunas parroquias.

En uso de la palabra el Ilustrísimo señor Vicario capitular Monseñor Hidalgo se refirió ampliamente a la elección del nuevo Arzobispo recaída en la personalidad de Monseñor Sanabria. Tuvo frases de sincero encomio,

para el elegido por su Santidad el Papa Pío XII, para esta augusta y elevada dignidad. Pocos como Monseñor Hidalgo pueden dar una referencia tan exacta de las virtudes que adornan a Monseñor Sanabria, ya que por muy largos años fueron compañeros de labores de la Curia Metropolitana como fieles colaboradores en el Gobierno de Monseñor Castro.

Acto continuo el Muy Ilustre señor Canónigo Presbítero don Claudio Bolaños, Secretario de la Curia, refiriéndose a la toma de posesión de la Sede Metropolitana por Monseñor Sanabria, lanzó la idea de presentarle un homenaje colectivo de parte del Clero de la Arquidiócesis. Puesta a discusión por el Ilustrísimo Señor Vicario Capitular, la idea del señor Canónigo Bolaños, y habiendo tomado parte los señores presbíteros Núñez, Meneses, Cascante, Rodríguez, don Maximiliano, Castillo don Francisco de Paula y Mata, por unanimidad se acordó el nombramiento de una comisión para la organización de un regio banquete oficial y otros agasajos en honor del nuevo Arzobispo de San José. La Comisión quedó integrada por el Muy Ilustre Señor Canónigo don Claudio Bolaños, por el Presbítero don Miguel Chaverri, Cura y Vicario de Heredia, y por el Presbítero don Carlos Meneses B., Cura y Vicario de Cartago. Esta Comisión quedó autorizado ampliamente por parte del Venerable Clero, para organizar los festejos de la toma de posesión.

Terminado este capítulo, el Padre Núñez nos hizo una exhortación misional en nombre del Director diocesano de las Misiones y rogó suscribirse a la Revista Unión Misional del Clero que se publica cada trimestre, trayendo material abundantísimo para ilustrar al Clero y enervorizar sus actuaciones en favor de las Misiones católicas entre infieles.

TOMA DE POSESION DE MONSEÑOR SANABRIA

En oportunidad de la toma de posesión del Excmo. señor Arzobispo Metropolitano, Monseñor Sanabria, publicó el siguiente Editorial "El Mensajero del Clero":

El domingo 28 de abril de 1940 debe marcarse con caracteres de triunfo en los fastos de la vida del Catolicismo en Costa Rica. Tomó posesión en este glorioso día de la Sede Arzobispal de San José el joven y virtuoso Monseñor Dr. don Víctor Sanabria, como inmediato sucesor del siempre llorado Monseñor Castro, cuya memoria santa vive en el corazón del Venerable Clero y de los costarricenses. Juzga El Mensajero del Clero que el mejor homenaje que pueda tributar al Excmo. Monseñor Sanabria, es insertar en sus columnas su Primera Pastoral como Metropolitano de esta Sede. El documento que va a continuación que pudiéramos llamar la Carta Magna del Gobierno Eclesiástico que hoy inicia sus labores, es de un valor inestimable por contener el programa básico de un Arzobispo joven, sumamente ilustrado, que va con el ritmo del tiempo en que vivimos para combatir con armas modernas el avance de los errores modernos. Al consignar nuestra sincera adhesión y renovar nuestra profunda simpatía al Excmo. Monseñor Sanabria, elevamos nuestras oraciones a Dios y a la Reina de los Angeles, Patrona de los Costarricenses, para que bendiga al nuevo Superior y haga fructificar por doquier la semilla de su fecundo apostolado.

MANIFESTACIONES DE DON LEON CORTÉS ANTE LA ELECCION ARZOBISPAL DE MONS. SANABRIA

Pocas veces produce mayor satisfacción el ejercicio del Poder cuando se ve que se ha hecho justicia al legítimo mérito y a la genuina virtud de un sacerdote, que es elevado a la más alta jerarquía eclesiástica por la mano consagrada del Santo Padre, en premio a sus muchos merecimientos de inteligencia y probidad, verdaderamente emplarizantes. Correspondió a este Gobierno la suerte de haber propuesto para la Diócesis de Alajuela a Monseñor Sanabria y de haber visto confirmada su designación, en el primer lugar de la terna correspondiente, de quien ha sabido distinguirse como hombre en el que las virtudes más altas están equiparadas a extraordinarias dotes intelectuales. Hoy de nuevo, la sabiduría de Roma ha confirmado la designación que era de estricta justicia acordar, ha hecho honor al que el pueblo costarricense pidiera para Jefe de su Iglesia; y no podemos menos que sentir verdadera complacencia porque tal nominación es la mejor prenda de armonía entre el poder eclesiástico y el poder civil. Nadie más capacitado que él para conservar y mejorar, si cabe decirlo, las estrechas y cordiales relaciones que siempre han mantenido la Iglesia y el Estado. Su inteligencia y su cultura harán mucho bien si tiene el respaldo de autoridad que tales méritos se merecen; su magnífico sentido de humanidad y la inteligente comprensión de las debilidades ajenas, le auxiliarán para que su gobierno de la Arquidiócesis sea de los más brillantes y de los más fecundos en buenas obras, un gobierno que será motivo de orgullo en la historia eclesiástica del país; su generosidad y carencia de pasiones, le darán serenidad para administrar y conducir su grey, con su ejemplo y con su santa palabra.

Por eso siento, como una de las pocas satisfacciones de mi periodo de gobierno, que Monseñor Sanabria venga a ocupar el sitial episcopal, en sustitución de un Sacerdote de altas y destacadas virtudes, de Monseñor Castro, cuya muerte hace poco tiempo enterneció el corazón de la República. Y no podía ser de otro modo, porque era, justamente, la voluntad nacional que se ha visto compensada por la bondad y la generosidad del Supremo Jefe de la Iglesia.

MONSEÑOR VICTOR

(Viene de la PAG. 4)

"BERNARDO AUGUSTO THIEL, SEGUNDO OBISPO DE COSTA RICA"

El prólogo contiene un modelo de pequeña biografía, que es al mismo tiempo esquema de toda la obra:

"Un Presidente de la República, el General don Próspero Fernández, expulsó del país, el 18 de julio de 1884, como agitador e incorregible perturbador de la paz pública, al Segundo Obispo de Costa Rica.

"Diecisiete años más tarde otro Presidente, don Rafael Yglesias Castro, testigo presencial de los hechos, interpretó autorizadamente y con no igualada sinceridad, el sentimiento de la Nación por la desaparición eterna del Prelado".

"Veintidos años después, el 12 de octubre de 1923, otro Jefe de Estado, el Lic. don Julio Acosta García, presidió la ceremonia de la inauguración del monumento, erigido por suscripción nacional, en uno de los parques de la Metropolitana, a la Memoria del Ilustrísimo Monseñor Thiel".

"El 12 de Octubre de 1923 que dó definitivamente desautorizado y popularmente cancelado el oprobioso decreto de 18 de julio de 1884. En esa fecha, para emplear las mismas palabras de don Octavio Castro Saborío, alma de la Junta Constructora del Monumento al Prelado, salió este ungido con el óleo de la inocencia, ante la posteridad y ante la historia, de aquel "combate duro y cruel que clavó su áspid en mitad de su pecho en los tormentosos días de 1884, sufriendo persecuciones y ostracismo".

DOCUMENTA HISTORICA — BEATAE MARIAE VIRGINIS ANGELORUM"

Es la recopilación completa de todos los documentos, leyendas, tradiciones, etc, acerca de la aparición y el culto de Nuestra Señora de los Angeles. Consigna, entre otras, la relación del "Triunfo de Nuestra Señora de los Angeles", de autor anónimo, en la que se reproduce con sencillez una de las versiones sobre la devoción a la Imagen:

"En el año de N. S. Jesucristo de 1643, día dos de agosto, en una floresta inmediata a esta ciudad de Cartago, vivía una sencilla mujer, la cual, yendo una vez a coger leña para su hogar, halló la imagen de una Señora colocada en una piedra vecina de su misma casa. La imagen era también de piedra, y habiéndola recogido, la guardó en una caja. Al volver por segunda vez en el mismo día a la floresta, encontró la misma imagen en la misma piedra; suponiendo que con aquella ya había hallados dos, la llevó a la caja donde había depositado la primera. La buena mujer quedó admirada al ver que la primera imagen había desaparecido; pero cuando por tercera vez se aproximó a la piedra y halló otra imagen precisamente igual a las que había hallado antes, volvió inmediatamente a su casa y no encontró ninguna de las otras imágenes que había guardado dentro de la caja. Siendo ya tarde, esta mujer se alarmó y ocurrió a la casa del señor cura don Alonso de Castro y Sandoval, manifestándole lo que le había sucedido, presentándole además la imagen que últimamente encontró. Este devoto sacerdote la tomó y encerró en una cajita,

LA PRIMER PASTORAL DEL ARZOBISPO SANABRIA

El 28 de abril de 1940, con motivo de su toma de posesión de Arzobispo de San José, Monseñor Sanabria dirigió al Venerable Cabildo Metropolitano, al Venerable Clero secular y regular y a los fieles de la Arquidiócesis su primer Carta Pastoral. De ella, publicamos algunos fragmentos:

La Constitución Apostólica "Praedecessorum", del 16 de Febrero de 1921, por la que Su Santidad el Papa Benedicto XV, de santa y grata memoria, erigió la Provincia Eclesiástica de Costa Rica y elevó la antigua y por más de un título venerable Diócesis de San José, con su Catedral y su Cabildo, al rango y a la dignidad metropolitana, abre una nueva página en los anales eclesiásticos patrios.

Tres Prelados de imperecedera memoria, de virtud eminente y de probadísimo celo apostólico, Anselmo Llorente y Lafuente, Bernardo Augusto Thiel y Juan Gaspar Stork, prestigiaron esta sede y presidieron con superior consagración los destinos espirituales de la grey costarricense desde la fundación de la Diócesis de San José, el 28 de Febrero de 1850, hasta su exaltación al grado metropolitano.

Para suceder a tan preclaros pastores y para regir y administrar la nueva Arquidiócesis la Santa Sede, con singular acierto y con el aplauso unánime del clero y de los fieles, puso sus ojos en un varón de extraordinarias facultades y de dotes de gobierno nada comunes, el Excmo. y Revmo. Monseñor Dr. don Rafael Otón Castro y Jiménez, nombrado primer Arzobispo de San José en el Consistorio del 10 de Marzo de 1921.

El mensaje de que somos portadores, a nombre de Jesucristo, ante vosotros, no es otro que el expresado por San Pablo en las siguientes palabras: 'Paz a los hermanos y caridad y fe de parte de Dios Padre y de nuestro Señor Jesucristo, y que la gracia sea con todos los que aman a nuestro Señor Jesucristo con un amor puro e incorruptible'. Queremos que nuestras relaciones con nuestros amados hermanos los sacerdotes, se inspiren en aquella regla de sublime prudencia pastoral que nos señala el mismo Apóstol: "seguir la verdad con caridad para que todos vayamos creciendo en Cristo que es nuestra cabeza y vivamos perfectamente unidos en un mismo pensar y en un mismo sentir".

Al quedar disueltos por acto de la suprema autoridad pontificia los vínculos canónicos que nos ligaban a nuestra muy querida Diócesis de Alajuela, se han afianzado más, si cabe, los lazos de íntima afección, de cariño y sobrenatural caridad que germinaron en nuestra alma durante los dos años que estuvimos al frente de ella.

Hacemos el recuento de los recursos de que disponemos para llevar a cabo la obra que la Santa Iglesia nos ha encomendado, y pensamos, con amargura y casi con desaliento, que la mies es mucha, abundante y sobreabundante, pero que los operarios son en verdad escasos. Si estuviéramos todavía en las primeras etapas de nuestra vida cristiana, no nos habría de extrañar el fenómeno. La florecencia sacerdotal, según lo demuestra la experiencia de muchos siglos, no suele aparecer, por regla ordinaria, sino en aquellos huertos por largos años regados por las gracias propias de la vida cristiana. Pero desde el primer cuarto del siglo XVI, en que se predicó por vez primera la doctrina evangélica en nuestra patria, hasta nuestros días, ha transcurrido tiempo más que suficiente para poder afirmar que la vida católica está o debe estar ya sólidamente establecida y firmemente arraigada.

En la Encíclica "Ad Catholici Sacerdotii", del 20 de diciembre de 1935, el Pontífice Pio XI trazó, de mano maestra, el cuadro de lo que es en la vida social católica y aun simplemente humana, el sacerdocio católico. Inmenso es el campo señalado a su acción. Inmenso y al mismo tiempo delicado, como que en sus manos están no los intereses materiales de los hombres sino sus intereses espirituales, por naturaleza de mayor trascendencia que los primeros. Aplicando las observaciones de aquel Pontífice al terreno de nuestra responsabilidad, advertimos que el ministerio parroquial o conexo con el parroquial, consume todo el tiempo y todas las energías de nuestros sacerdotes. Y no obstante hay muchas otras actividades, especialmente las sociales, que habrían de merecer la atención esmerada del sacerdote. En más de una ocasión se ha producido, ya en privado, ya también en público, y a veces con acerbidad notoria, la crítica de que nuestros sacerdotes poco o nada hacen por el me-

con la mira, sin duda, de examinarla desapasionadamente.

"Al segundo día la imagen había desaparecido de la cajita del señor Cura como había sucedido estando en la caja de la buena mujer, quien por cuarta vez volvió a encontrarla sobre la misma piedra, que estaba en la floresta cerca de su casa, a donde fué acompañada del señor Cura y de otras personas, y desde allí fué conducida la imagen en solemne procesión a la Iglesia y depositada en el Sagrario.

"Al día siguiente el Teniente del Cura que fué a visitarla no la encontró en el Tabernáculo donde se había puesto la noche anterior. Buscándola de nuevo se encontró por quinta vez sobre la piedra inmediata a la casita de la pobre mujer. Finalmente, en el mismo lugar de su aparición se hizo una Ermita, en donde se cantó una solemne misa, y más adelante una Iglesia le fué especialmente edificada para su culto, en donde ha permanecido".

joramiento social y económico de las clases humildes. Descartamos, desde luego, lo que hay de injusto y exagerado en tales críticas, ya que a la vista está lo que la Iglesia, es decir los sacerdotes, realizó en el pasado y realiza en los tiempos presentes para impulsar el mejoramiento de las clases humildes, y ya que nadie podrá negar que en el ministerio de la predicación se da a estos temas toda la importancia que por naturaleza les corresponde, orientando así, cuando menos en teoría, la conciencia cristiana en relación con tales problemas. Para abarcar en el ministerio sacerdotal, con eficiencia práctica, tan complejos aspectos sociales, sería necesario que dispusiéramos de muchos sacerdotes y aun de algunos de ellos especializados en esas labores.

Juzgamos indispensable para la solución de este problema, la fundación y organización de la Obra de las Vocaciones Eclesiásticas en todas nuestras parroquias, conforme a lo que repetidas veces ha ordenado la Santa Sede. Doble es el fin de esta organización: el espiritual o sobrenatural, y el material.

Al iniciarse pocos años ha el trabajo de fundación y organización de la Acción Católica en la Arquidiócesis —siguiendo las normas que para ello ha trazado la Santa Sede y que concretó oportunamente en una Carta Pastoral nuestro predecesor de feliz memoria— nos hacíamos cargo de la importancia y necesidad de la obra y al mismo tiempo de las ingentes dificultades que sería necesario superar. Eran, con todo, bastante optimistas nuestros cálculos. Pensábamos que el terreno estaba relativamente preparado y abonado y que la semilla germinaría con alguna facilidad. Hoy, después de varios años de ensayos, es decir, de experiencias y desengaños, estamos persuadidos más que nunca de la necesidad de la organización de la Acción Católica, pero poseemos más cabal conciencia de las dificultades que habrá de vencer. No es estéril el terreno, ni mucho menos, pero carece de aquella fecundidad que al principio suponíamos en él.

Las clases intelectuales o ilustradas, en su gran mayoría, y las que poseen cuantiosos bienes de fortuna, en no corto número suelen ser bastante indiferentes en materia de religión. Cuando en su carrera tropiezan con la inquietud religiosa, la apartan como una obsesión importuna, cuando no adoptan en frente de ella una actitud de desprecio y menosprecio. El pueblo, gracias a Dios, está todavía suficientemente apegado a sus creencias religiosas, aun cuando en su vida religiosa, en no pocas ocasiones cuando menos, hay más de automatismo religioso que de convicción religiosa pura y activa.

¿La cuestión social! Palabra, hoy, de trascendental valor. ¿Qué ha hecho la Iglesia por resolverla y qué puede hacer al presente en ese mismo sentido? ¿Qué podemos hacer nosotros los sacerdotes en nuestra patria, en ejercicio de la representación moral y espiritual de que estamos investidos, en favor de la cuestión social? He aquí dos preguntas cuya contestación interesa por igual a la conciencia católica y a la conciencia no católica.

La doctrina social del cristianismo, cuyo conocimiento, siquiera en sus rasgos fundamentales, no escapa a la comprensión media de todas las clases sociales, nos impone a nosotros, ministros de la Iglesia, el deber de estimular la voluntad colectiva e individual a acomodarse a ella, persuadiendo a los unos, a los sinceramente creyentes, de que es ineludible exigencia de su fe, a los otros de que por equidad humana cuando menos deben hacer honor a aquellas reglas, y a todos de que la cuestión social es de tal naturaleza y urgencia que si no la resolvemos en el orden, en la justicia y en la caridad, se comprometerá en el desorden y en la injusticia y en la violencia.

Todo radicalismo en materias sociales es pernicioso. Mientras las ideas socialistas, y sobre todo las comunistas, no tuvieron oportunidad de hacer la experiencia de sus doctrinas utópicas en ninguna comunidad civil o política organizada, pudieron los doctrinarios socialistas y comunistas soñar en que sus soluciones eran perfectas. Hoy, después de no pocas experiencias, especialmente la rusa, habrán llegado a la convicción práctica de que sus teorías son las menos indicadas para intentar siquiera la solución de los problemas sociales.

Resumiendo cuanto hemos venido diciendo acerca de la cuestión social y acerca de su solución, afirmamos que la iglesia favorece con decisión toda idea sana de mejoramiento social, y que hace y hará de su parte cuanto permitan las circunstancias para impulsar y propulsar ese mejoramiento.

Algunas veces la conciencia mal formada, mal dirigida o desviada, clama contra la intransigencia católica. La conciencia católica debe ser necesariamente intransigente, sin que por ello ni por ello ignore o desconozca las reglas y principios de la caridad cristiana. El fermento de la conciencia católica tiene su trascendencia social, de aprovechamiento igualmente social, pero si el fermento es débil jamás fermentará la masa. Esa conciencia gira alrededor de esta órbita: "Con este fin viene al mundo, para dar testimonio de la verdad", es decir, dar testimonio de la verdad moral cristiana ante todos y en todas las circunstancias.

UNA PORTADA DEL "ECO CATOLICO"



Con esta portada celebró la revista "Eco Católico", la toma de posesión de su cargo de Arzobispo de San José, de Monseñor Víctor Sanabria, el domingo 28 de abril de 1940.

EN AMBIENTE DE....

(Viene de la PAG. 2)

va auxiliarlo, para llamar a un médico, apenas si me doy cuenta. —Cuando el Dr. Aguilar Peralta, el primero en acudir, atendió a Monseñor, ya nada era posible hacer por él, aunque no había expirado todavía. El estado comatoso no se prolongaría mucho, y antes de las siete de la noche, un cuarto de hora calculo yo, Monseñor entregaba su alma al Señor.

Deja el señor Presidente de la República

El Jefe del Estado fué una de las primeras personas en llegar al Palacio. Lo recogió en su casa de habitación el Dr. Aguilar Peralta. Regresaba en esos momentos del Antón de Santo Domingo de Heredia, de inaugurar en dos lugares distintos una escuela y un trecho de carretera. Con el tiempo indispensable para cambiar de ropa de viaje, el señor Ulate se trasladó inmediatamente a la residencia del arzobispo y en ella permaneció hasta altas horas de la noche.

Desde el salón de recibo don Ulate impartió a funcionarios de la Casa Presidencial órdenes penitorias, tomando en cuenta la brevedad del tiempo disponible para organizar las honras oficiales.

Las que, por otra parte, fué preciso respetar la voluntad de Monseñor Sanabria, manifestada en más de una ocasión, de que sus honras debían hacerse dentro del marco de completa sencillez.

Obstante, el Jefe del Estado dispuso todo lo concerniente y consultó además con el Ministro de Fomento, Lic. Lara, a quien dejó el cuidado de los negocios atañedores a su ramo en esta emergencia dolorosa. El señor Ulate se retiró a las horas de la madrugada a descansar.

Reúne el Cabildo

En el mismo Palacio Arzobispal se reunió anoche, a las 8 y 30 m., el Cabildo Metropolitano, el cual designó Vicario Capitular a Monseñor Alfredo Hidalgo, quien, luego de prestar juramento, tomó las disposiciones pertinentes para el sepelio del ilustre Prelado desaparecido.

Se procedió asimismo a trasladar el cadáver de Monseñor Sanabria a la Catedral, para la celebración de los funerales.

Solemnes honras fúnebres

Con asistencia de los Presidentes de los Poderes Públicos, Miembros de Estado, miembros de la Asamblea Legislativa, miembros del Cuerpo Diplomático, altos funcionarios de la administración nacional, magistrados, maestros y profesores, delegaciones de los diversos centros de estudios y representantes de las diversas instituciones religiosas, se llevaron a cabo esta mañana, en la Iglesia Metropolitana, las solemnes funerales en honor de Monseñor Sanabria.

La representación del Gobierno estuvo a cargo del Ministro de Relaciones Exteriores y de Comercio, don Fernando Lara B.

Restos a Cartago y San Rafael de Oreamuno

Una compacta multitud que se dio cita para rendir su tributo de respeto y devoción a su Ilustrísima Monseñor Sanabria, y que ocupaba las naves de la Catedral, así como los parques, jardines y calles adyacentes; formó el cortejo de los restos del Arzobispo de San José, que fueron trasladados, conforme a sus deseos, a ser inhumados en el lugar de

su nacimiento. En Cartago, el féretro recibió honras fúnebres en la capilla de la Basílica de Nuestra Señora de los Angeles. El cortejo prosiguió en seguida hasta San Rafael de Oreamuno, en cuya capilla fueron depositados los restos. En los diversos actos re-

señados, se pronunciaron expresivas oraciones, destacando las virtudes y los excepcionales méritos de Monseñor Sanabria, renován-

dose las manifestaciones de pesar por parte de los millares de personas que acompañaron al extinto hasta su última morada.

señados, se pronunciaron expresivas oraciones, destacando las virtudes y los excepcionales méritos de Monseñor Sanabria, renován-

*En esta hora de dolor nos
unimos al pueblo costarri-
cense para lamentar la
prematura desaparición
del Ilustrísimo Arzobispo
Monseñor Víctor M. Sanabria*

TIENDA BARZUNA
CLAUDIO BARZUNA

TIENDA LA GLORIA
SANTIAGO CRESPO

TIENDA FAUAZ HNOS.

SANS SOUCI

Almacén FEOLI HNOS. LTDA.
AVENIDA 2, CALLE 4

TIENDA EL IBIS
ANTONIO SIMON

TIENDA ROXY
ROXY LTDA. FRENTE AL CONGRESO

TIENDA LA NORMA
PRADA & CIA.

Luis Jiménez A. Sucs. Ltda.
EL BUEN PRECIO

TIENDA PERERA
ISIDRO PERERA



MONSEÑOR VICTOR M. SANABRIA en la época de su ascensión al solio Arzobispal.—

LAS EXEQUIAS RELIGIOSAS EN CAPILLA ARDIENTE



Un momento de las ceremonias religiosas celebradas en la Iglesia Metropolitana en la mañana de hoy por el eterno descanso del Segundo Arzobispo de Costa Rica, Víctor M. Sanabria. (Foto Carrillo)



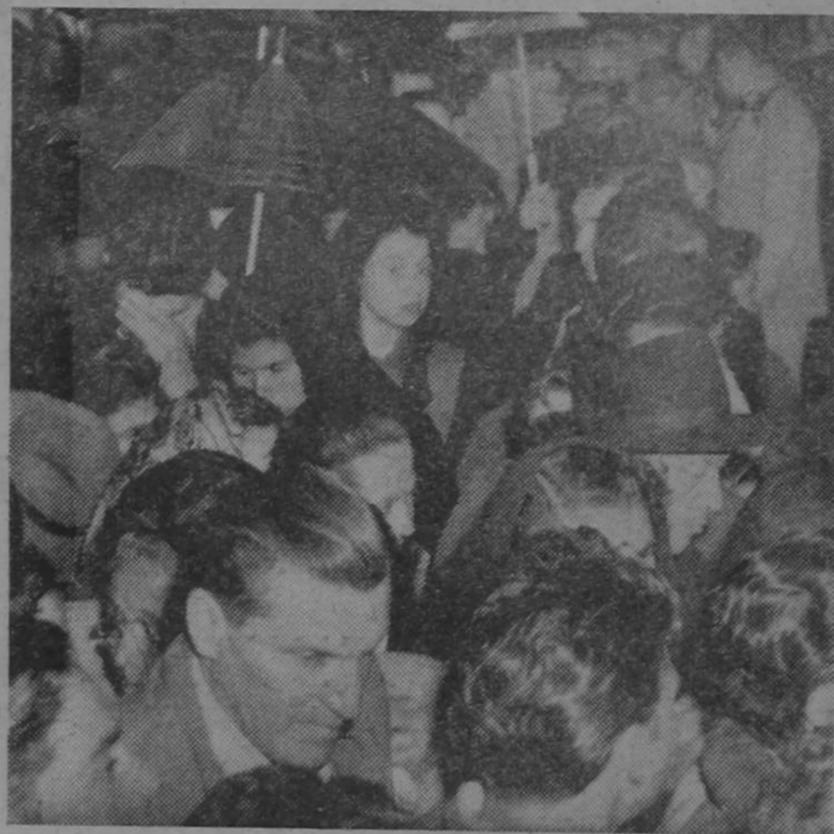
En capilla ardiente, los restos de Monseñor Sanabria fueron objeto del homenaje póstumo de centenares de fieles. (Foto Carrillo)

LA COMITIVA OFICIAL



El Presidente de la República, don Otilio Ulate, junto con el Ministro de Relaciones Exteriores y Culto Fernando Lara, encabeza —rodeado por miembros del Venerable Cabildo— el cortejo mortuario, hacia la Iglesia Metropolitana. En segundo término, otros miembros del Gabinete. (Foto Carrillo)

FRENTE AL PALACIO



Bajo la lluvia inclemente del Domingo, millares de católicos se congregaron frente al Palacio Arzobispal, esperando turno para penetrar a rendir el último homenaje de veneración al Prelado desaparecido. (Foto Carrillo)

INFORMACION COMPLETA EN PAGINAS INTERIORES